



DOCTOR AMERICO RICALDONI.

Cúmplense mañana 25 años de la fecha del fallecimiento del doctor Américo Ricaldoni, al que rendimos homenaje por su espíritu luminoso. Fué un profesor eminente, y su vida, de edificante ejemplo, estuvo consagrada por entero a la ciencia quedando su nombre vinculado a ella como un símbolo de aquel vigoroso talento.

EN nuestra tierra existe un lugar llamado Rincón de Lima. Es un lindo lugar, aunque fué mejor. Allí vivió este refrán —refrán que se fué con una generación— "Habló como el burro de Lima". Aplicábase cuando alguien se había expresado en forma comedida, categórica y justa. Ahora bien: si preguntásemos en Rincón de Lima el porqué de este refrán, qué causa lo hizo nacer, su significado preciso, nadie sabría respondernos. Tal cosa pasa con la casi total mayoría de los refranes. Pero nosotros hemos tenido la suerte de desentrañar la incógnita de la frase que llegó a sentencia merced a un viejo que alcanzó a los noventa y ocho con plena lucidez de su cerebro.

Con calma y serenas palabras empezó el viejo:

—Don Clodomiro Lima supo ser dueño de unas diez y ocho suertes de estancia en el Rincón que lleva el nombre que tiene. Sus padres, brasileños, le dejaron toda esa barbaridad de tierra. Era un hombre apesadado, forzado, de mal genio, más espinoso que una tuna. Se casó con una china que tiraba a mulata, con más oscuro que blanco, mujer que se murió al darle el primer hijo. Cuando llegó el cura a cristianar al guri, don Clodomiro lo llamó aparte y le preguntó:

—¿Cuál es la cosa más alta y más grande del mundo?

El cura, que era bastante leído, le contestó:

—Después de dios, el Himalaya.

—¿Qué es eso?

—Es la montaña más alta de la tierra.

—¡Eso mismo! —gritó don Lima.

—Ningún hombre la ha podido trepar.

—¡Eso mismo! —gritó más fuerte don Lima—. Asina se va a llamar m'hijo. Asina va a ser. ¡Más alto que naide lo va a trepar!



HABLO COMO EL BURRO DE LIMA

De modo y manera que el infante fue llamado Juan Himalaya porque el padre cura alegó que algo de cristiano debía llevar el muchacho.

Muy bien. Con decirle que aquella criatura fue el único cariño y amor de don Clodomiro, y que lo criaba, rodeaba y agasajaba como si fuera algo más que un viviente no le digo nada. Mamó en Na Julia Pimienta, morena de muy superior ubre. Muy bien. A los seis años andaba vestido que era una fantasía: chaquetilla bordada, bombacha blanca con franja, botas de charol y espuelas de plata y oro. Tenía un apero que era una fiesta patria y unos petisos como de seda por lo relumbrosos y estiraos. Don Lima decía:

—Lo primero que va a ser es jinete mentao. Un hombre que se sepa sentar en un pingo y sepa dominarlo es doble hombre. Y mi hijo va a ser jefe y de los muy altos.

Muy bien. Un día pasó y acampó cerca una tropa de carretas que iba hasta lejos dejando surtidos en los comercios del camino. Uno de los carreros traía —y no sé cómo y porqué lo traía— un burrito que era una pintura. Se llamaba —el burrito— Simón Oreja y era tan gracioso que cuando su patrón le desprendía el sobeco y le daba licencia, y él se ponía a retozar entre las carretas, a empujarse y tirar patadas al aire, hasta los güeyes se quedaban mirándolo.

Muy bien. Verlo y quererlo Himalaya fue todo uno. Y don Lima pedirlo, discutirlo y pagarlo al fin por lo que valía un parejero fue todo otro. Allí marchó Simón Oreja entre un escuadrón de piones. Don Lima encargó a uno pa que lo amansara bien y al negrito Chirú Pimienta —sobrino de Na Juliana— pa que lo cuidase a toda hora. Y hasta le mandó levantar un galpón.

Muy bien. Pasada la primera novedad a Himalaya se le fue el antojo del burro. No era como los petisos, mansos y sufridos. En los primeros días dentro a acariciarlo; pero en seguida le dió por sacudirle con una vara de membrillero, pues era un guri de muy mala entraña y de peor cría. A Simón no le gustó ese trato y un día le tiró una patada que si en vez de pegarle de refilón se le da de lleno ahí no más se le acaba la historia a don Himalaya. Ese mismo día don Lima lo sacó galpón ajuera a son de arriador y alaridos.

—Al campo, sotreta, —gritaba— pensar que te pagué como si fueras caballo árabe, que te di cama blanda y ración hecha y casi me has dijuetiao al hijo!

Y cada palabra la adornaba con un arriadorazo. Pero no fueron muchos porque Simón salió como lagarto con la cola untada en lechiguana. Y al hijo que estaba presente le dijo:

—¡Quédese con sus petisos, m'hijo! ¡Burro será siempre burro, y es animal pa tirar de carro, no pa llevar jefes!

El negrito Chirú Pimienta, a fuerza de vigilarlo se había encariñado con Simón. Pasó la noche del día que lo dieron de baja soñando con él. No había amanecido todavía cuando salió campo ajuera con miras de voblo. Lo halló lejos, cerca de la

Laguna Guacha, muy tranquilo. Se le arrió despacito, Simón sacudió la cola y se saludaron muy alegres. Dende ese día fue su visita diaria.

Muy bien. Ya era mozo don Himalaya, mozo Chirú y burro hecho Simón. Don Lima seguía tieso y fuerte aunque cada vez más espinoso. Chirú había conseguido que el burro lo ayudara en la tarea de traer y llevar el barril del agua. Lo enseñó a tirar y era de verse con qué aire tiraba. El barril, panzudo, lo habían asentado sobre unas ruedas grandotas. Chirú prendía el burro y atravesaba el campo más orondo que un rey. Aquello más parecía pa'rua de fiesta que carro de aguatero, pues Simón estaba gordo, lustroso, parejo, y tenía un trote corto y firme que más lo hacía caballo de cortejo que burro de barril.

Muy bien. Una ocasión, por ese tiempo, don Lima compró un sulky, pues la panza que iba consiguiendo ya le iba estorbando pa los viajes de a caballo que hacía al pueblo. Y le ordenó a Chirú, un domingo, que le prendiese al burro, pues pensaba dirse por unos días. Vino Simón y fue prendido. Todo fue hecho tranquilamente y al parecer con el consentimiento del burro. Pero cuando don Lima subió y sacudió las riendas Simón no se movió. Y ya le cayó en el anca el primer latigazo. Y Simón dió un paso atrás. Y otro latigazo y otro paso atrás. Y ya empezó a subirsele el aji a la cabeza a don Lima y a sonar los gritos y a reventar las malas palabras. Y asina fueron reculando como dos cuerdas. Sudaba don Lima y el anca de Simón se iba rayando, pero el sulky seguía a lo ranguero. Y eso que Chirú le iba hablando a Simón pa convencerlo. En una de esas don Lima, ya hirviéndole del todo el mate, se tiró del sulky. Desprendió a Simón y lo volvió a prender al revés, con la cabeza pegada al asiento y la cola en la punta de las varas. Y le gritó:

—¿Con que te gusta recular? Pues asina vas a dentrar conmigo al pueblo.

Y sin decirle más le cruzó la cabeza con el arriador. Parece que Simón no estuvo de acuerdo con eso. Atropelló pa delante, por lo natural, y arrancó en un galope tendido que bien lo pudieran relojear pa una carrera. Don Lima no tuvo más remedio que agarrarse como pudo de los fierros del sulky, y de lomo se iba tragando el campo y largando cada alarido que hacía parar los pelos de punta. Salió Himalaya y dos piones de a caballo a ver si sujetaban a Simón. Pero Simón seguía cada vez más ligero hasta que llegó a un cerco y allí voló don Lima. Crujió el sulky, saltaron las astillas y Simón —que ya había desatado su juria— aventó como a dos cuerdas tiros y riendas y varas y siguió viaje pechando alambrados y pasándolos como pudo hasta que se perdió en la sierra.

Muy bien. Lo recogieron a don Lima y lo tuvieron curando como quince días. Lo primero que habló fue que despidieran a Chirú y degollaran al burro. Se fue Pimienta, pero al burro no consiguieron agarrarlo. Y el tiempo siguió pasando.

Muy bien. El caso fue que a don Himalaya le dió por casars y don Lima hizo en la estancia unas fiestas de padre y muy señor mío. Hubieron bailes, pencias, sortijas y domas. Pa esto de las domas había

ofrecido un premio muy superior con la bellaca intención de que se luciera su hijo y lo ganara pues, eso sí, el mozo salió domador de muy altas mentas. Allí cayó, entre otros estancieros, don Poleón Puntos, que llevó un reservao pa ese concurso y era nada menos que Chirú Pimienta, que también había despuntao de gran jinete. Se corrieron, pues, las dichas domas, y llegaron al final, empardaos, Himalaya y Pimienta. No hubo potros pa ellos. De noche se deliberó y no faltó uno de la estancia que dijo:

—¿Por qué no traín a Simón Oreja, que anda perdido hace tiempo? En la sierra está y si vive se ha de haber hecho más malo que mi agüela. El que lo monta si que ha de ser jinete de ley.

Allá fue un escuadrón a buscar a Simón y en este escuadrón iba Chirú. Lo vieron de lejos, entreverao entre unas piedras. Estaba erizado y fiero. Chirú le gritó a la distancia y el burro paró las orejas, que quedaron tiesas como hojas de lanza. Lo pudieron arrear, en fin, y allí llegó por delante del escuadrón a la estancia, ande se armó una tremenda algarabía.

—¿Gueno, a ver, que lo suba Chirú primero —ordenó el juez.

Chirú se le arrió, le habló bajito, lo palmeó, y le sentó las garras. El burro no se movía. Chirú estiró y estuvo arriba más ligero que un gato. Le rozó las espuelas y Simón salió de sobrepaso. Iban como si fueran a una seranata. Lo tironeó, lo escaramuzó, y lo trajo a la sentencia y se apió. Don Lima, medio riéndose, decía:

—¿Y ése es el malo? ¡Si está más manso que carpincho casero! Subilo, Himalaya, y dale una paliza.

Y subió Himalaya. Y allí arriba se estuvo quieto un rato pues el burro se había estaquiao. Pero cuando le clavó las yornas y le descargó la lonja se vido como un remolino. Simón se hizo como una rueda y en esa rueda iba prendido el mozo, que empezó a gritar como perro que le pisan la cola, hasta que salió disparao como un cuete. Y allí no más le cayó el burro a patas y a diente, que si Chirú y otros veinte no intervinieron don Himalaya hubiera salido con las patas pa delante. Y era de verse a don Lima echando mano a la pistola y largando ajos y cebollas a los cuatro vientos, hasta que se serenó la cosa y cargaron con don Himalaya en un catre, atrás del que iba la novia llorando. Y rodearon al burro, que estaba muy tranquilo esperando la definición del asunto.

Volvió de las casas don Lima y venía como un basilisco, echando juego por los ojos. Se arrió al grupo, del que Simón era el centro, y levantó la voz:

—¡Abranse, que vía matar ese burro! ¡Lo pagué en veinte libras cuando no vale ni dos piojos! ¡Sólo tragos amargos he pasado por esa cascarría, pero el de hoy va a ser el último!

Y entonces se oyó algo que dejó a todos helaos. Y fue Simón que habló y dijo:

—Cada hombre paga la cuenta que él mismo hace. Al negro Chirú siempre lo traté por lo muy elevao porque asina me trató él a mí; y a vos y a tu hijo como a sabandija como yo fui tratado por ustedes. A lo largo, en este mundo, todas las paradas se empardan por fieras que sean. Y acordate que si la tierra a mí me va a sacar la carne a vos te va a blanquiar los güesos por muy Lima que seas. Pero la que a mí me tape tal vez críe macachins, pue siempre fui burro gueno y cumplidor, aunque enemigo del trato injusto; y la que a vos te cubra, ortigas, ¡viejo foragido y malvado!

El narrador cerró el pico y se puso a picar tabaco. Yo aproveché la oportunidad y le dije:

—Es la primera vez que oigo que un burro habla...

—¡Pero m'hijo, —exclamó el viejo— la mayoría de los burros hablan y son, casualmente, los que más hablan! Lo que es raro es ver a un burro como Simón que hable tan poco y con tanto peso.

—Es verdad, viejo, —respondí, comprendiendo al fin su sutileza y siguiéndole el trillo—. Es que es muy difícil el buen hablar...

—Lo que es difícil, m'hijo, es el buen callar.

José MONEGAL

Dibujo del autor.

(Especial para EL DIA).

Se quita años...

(¿DICEN ESTO DE USTED?)

Obsérvese. Ud. es joven, pero su rostro no lo dice. Hay "algo" que le quita frescura. Y ese "algo" se llama cutis seco.

Si Ud. nota que el sol, el viento y el agua ponen su cutis tirante, es muy probable que Ud. tenga cutis seco y su cutis necesita entonces protección. Crema especial para el cutis seco, la Crema Pond's "S", contiene lanolina, sustancia muy similar a los aceites naturales del cutis, un emulsionante especial de extraordinaria acción suavizante y está homogeneizada para su mejor absorción.



OBSERVE ESTAS ZONAS: mejillas, párpados, con el cutis áspero por el resqueamiento. Suavícelas con Crema Pond's "S".

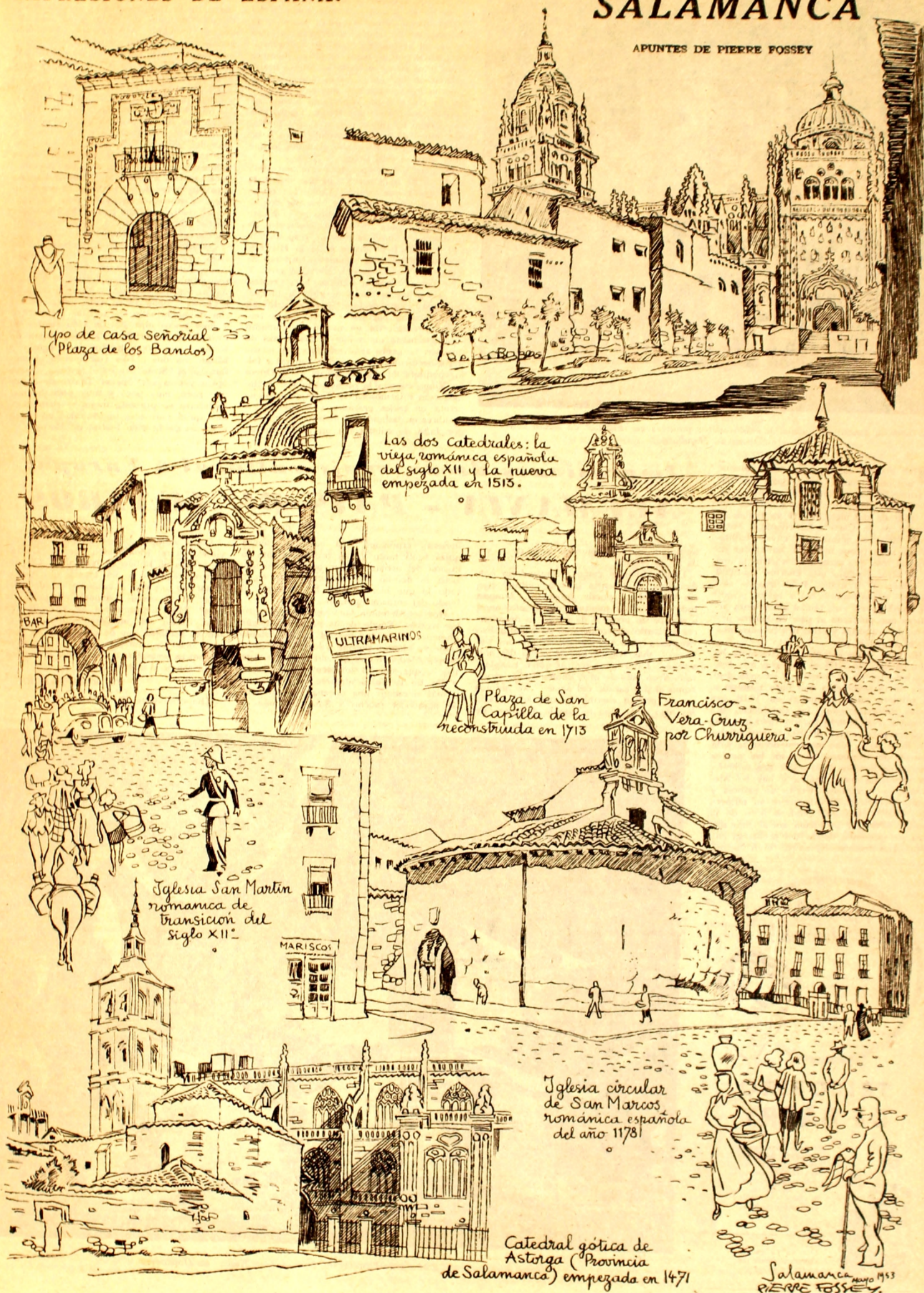
BAJO LA BARBILLA, aplique Crema Pond's "S". Evitará la formación de arrugas prematuras.



Mírese al espejo con ojos críticos... y empiece hoy a usar diariamente Crema Pond's "S". Haga así:

AL ACOSTARSE: Limpie bien su cutis con Crema Pond's "C" y aplique luego Crema Pond's "S" en forma abundante sobre la cara y el cuello... y déjela... si fuera posible toda la noche, mejor.

DURANTE EL DIA: Extienda una fina capa sobre el rostro y disfrute plenamente de los beneficios del aire y del sol, sin preocuparse por su cutis seco.





Grandiosa puesta en escena: Los prisioneros políticos en "Fidelio" de Beethoven... (Opera de Hamburgo).

MUY antigua es la pasión de los alemanes por el buen teatro. Baste recordar la situación de innumerables pequeñas residencias feudales que en la Alemania aún no federada del siglo XVIII ya tenían su "Teatro de la Corte". La rivalidad entre estos "Estados" minúsculos cuyas "capitales" de unos pocos miles de habitantes no distaban más que escasos kilómetros la una de la otra, produjo una enorme cantidad de esfuerzos culturales. Políticamente casi siempre insignificantes, esos reyes, príncipes, markgraves, etc., tenían ambiciones artísticas que poblaron al país de teatros, primero, de orquestas y otras instituciones musicales después.

No cabe duda alguna que Alemania ha sido, en el siglo XIX el país con más teatros estables en el mundo. Y cuando después de la revolución que puso término a la primera guerra mundial en 1918, las cortes desaparecieron, las provincias, las comunas o el Estado federal tuvo que hacerse cargo de cerca de 200 teatros oficiales. Pero así se hizo manteniéndose la vida teatral sin tropiezos hasta en las peores épocas de hambre e inflación. Era también un problema social: había y hay en Alemania un verdadero ejército de actores y cantantes líricos. Si calculamos su número en 100.000 creo que estamos lejos de la verdad. Pero el problema social figuraba, casi seguramente, detrás del problema cultural. Los teatros debían de vivir porque

ellos esperaba, y hasta grandes comedias del pasado adquirieron un tono rebelde a la luz de los sombríos acontecimientos del Tercer Reich. Vino la guerra y antes de desaparecer la tiranía sangrienta arrastró consigo al abismo del país. Se clausuraron los teatros porque hasta el último hombre debía ir al frente y hasta la última mujer trabajar en fábricas y minas. Luego sobrevivieron los bombardeos que casi no dejaron en pie edificio importante alguno en todo el vasto suelo del Reich. Teatro tras teatro cayó en ruinas negras y cual fantasmas deben de haber recordado a los habitantes de las innumerables ciudades lo que había sido su vida antes.

Después del colapso total del año 1945 es difícil de imaginar y aún más difícil de describir lo que ocurrió. Como los restos harapientos, hambrientos y desesperados de un pueblo que además sobre sí — y esto fue lo peor para los buenos elementos de Alemania — sintió la enorme responsabilidad para el peor desastre de la Historia, la culpabilidad para innumerables millones de muertos — empezaron de nuevo a vivir. Y vivir para Alemania significa hacer teatro. En mis primeros viajes después de la guerra asistí emocionado — y lo describí en estas mismas páginas — a funciones teatrales y conciertos en medio de ciudades completamente en ruinas y donde más de una vez la gente se desmayaba en medio del espectáculo por debilidad general y falta completa de comida. Dirigí en la Opera de Viena cuando la orquesta aún — la famosísima Filarmónica de Viena — tuvo que actuar en trajes gastados y envueltos los hombres en bufandas y chalecos maltrechos por falta de calefacción en medio de un

el terreno cultural. Este pequeño país, verdadero corazón de Europa, supo salvar la mejor de la tradición teatral de Alemania durante los años de Hitler y la segunda guerra mundial. Actualmente, Alemania cuenta en su parte occidental solamente con más de 150 teatros, según cálculo. Y contando solamente los de importancia, sean oficiales o particulares.

He visitado, en este mi reciente viaje, a muchos de ellos. Algunos son de larga y hermosa historia, como la Opera de Hamburgo que fué la primera en Alemania y contó entre sus primeros colaboradores a Haendel, Gluck, Telemann. Hay muchos que reedificaron sus salas aprovechando la dolorosa necesidad para ampliar y embellecerlas. Hay ciudades que todavía han de construir miles de viviendas para gente sin hogar y mientras se ayuda para las funciones teatrales noche tras noche con algún galpón adaptado. ¿No es ilusión el teatro? Nunca se vió tan claramente esto...

Conozco la vida teatral también de los otros países europeos. La de Francia radica en París. Allí algunas compañías alcanzan alturas maravillosas, otras en cambio son menos que mediocres. Y en el resto de Francia... nada o casi nada, excepción hecha de algún sitio de turistas como Nice y muy pocos más. No, la vida teatral de Francia se llama París. ¿Italia? Fuera de Roma — con pocos teatros de categoría — Milán con dos o tres (incluyendo al más famoso, el "Scala"), y en el resto... ópera, ópera y otra vez, ópera. Teatro de comedia: poco, muy poco y muy poco bueno. Inglaterra se presenta mejor — pero dejemos quizá para otra oportunidad un paseo a través de la vida teatral de Europa.

Impresiones de un viaje cultural a Europa: ALEMANIA - PAIS DE TEATROS

formaban inseparablemente parte de la vida de la Nación...

Llegó Hitler y como siempre bajo una dictadura, se resentía la vida cultural que sin libertad no puede prosperar. Aunque todo se hizo por mantener en un alto nivel a teatros de prosa y de ópera, la decadencia no tardó en apoderarse de cuantas instituciones existían. Emigraron grandes valores — más trágico que el exilio del músico es el del actor teatral quien trasplantado a un país de otro idioma ha de morir como el pez sacado del agua — los autores ya no podían escribir lo que su fantasía les hizo crear sino lo que la dictadura de

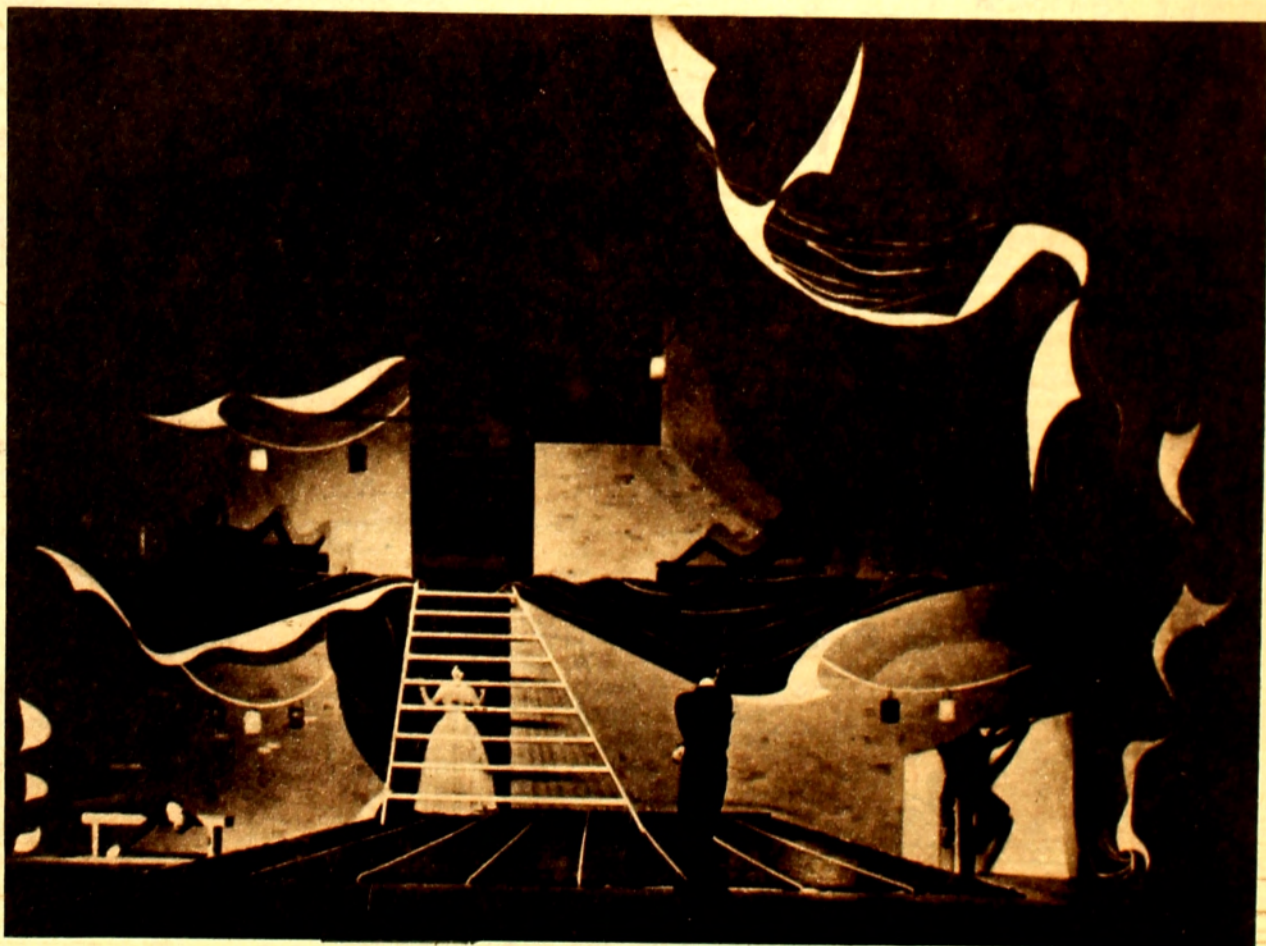
invierno crudísimo. Sin embargo, nunca quizá sentí tanto y tan profundamente la misión del artista que en aquellas noches. Liszt la definió así, magistralmente como todo lo que hizo: Enviar la luz hacia el fondo del corazón humano...

Hoy es Alemania nuevamente el país de los teatros. Puede decirse que en ningún idioma la actividad teatral es tan intensa como en alemán porque a los teatros de la propia Alemania hay que sumar los de Austria — que son 30 solamente en Viena — y los de la Suiza alemana que alcanzan a más o menos una docena. Alemania ha de agradecer mucho a Suiza también en

Como siempre, pienso en medio de mis viajes, en mi Montevideo querido. Ciudad de pronto un millón de habitantes. Con un teatro magnífico y un elenco que puede llenar de orgullo a cualquier ciudad del orbe: la Comedia Nacional. ¿Y fuera de esto? Mis pensamientos se ensombrecen algo. Sueño con un Montevideo de diez teatros estables, uno de ópera, uno de ópera, ocho de comedias; con dos orquestas sinfónicas estables. ¿Mis hijos lo verán? ¿O serán mis nietos?

Dr. Kurth PAHLEN.

(Especial para EL DIA).



Opera ultramoderna: Estreno de "Boulevard Solitude" de Henze, en Hannover.

¡Su cabello
puede lucir así!

Sano, prolijamente limpio
y con aspecto
distinguido
usando el
Preparado
Capilar



**TRICOFERO
DE BARRY**



El mundialmente famoso
TRICOFERO DE BARRY
imparte sedosidad y brillo
a la cabellera, asegurando
ese aspecto distinguido,
tan importante
para ganar la admiración
de quienes nos rodean.

Elimina la caspa.
Vigoriza el cabello. Lo
avienta naturalmente.



Un aspecto del Congreso de Escritores Martianos, en el Hemiciclo del Capitolio Nacional, de La Habana. En primer término, los invitados uruguayos. A la derecha, Luis Rodríguez Embil, de Cuba; Carlos Sabat Erceasty, y el autor de esta nota.

EL CONGRESO DE ESCRITORES MARTIANOS

EL Congreso de Escritores reunido en La Habana en el mes de febrero con motivo del centenario de José Martí, no fué solamente la prueba de la definitiva afirmación del gran escritor y prócer cubano en los destinos de América, sino también de su vigencia, por cuanto la mayor parte de sus observaciones y de sus anuncios, vale para la actualidad de nuestros países y, sin duda, para los días de su porvenir.

Martí que había buscado en las páginas de su prosa viril y removedora, plástica y lírica a veces, combativa y cargada de fe, la unidad de los hombres de América, la verdadera libertad de los pueblos de este Continente, estuvo en el Congreso de los escritores que penetraron en su obra, como en espiritual rectoría y renovación de su ejemplo.

Así pudo hablarse de su presencia en el Congreso, no sólo porque los estudios presentados en aquel certamen constituyen una revalorización consecuente del gran escritor de la Antilla, sino también porque en el ámbito cubano, la figura del de los versos sencillos, del Enriquillo, de los ensayos primigenios, de las crónicas de América, tiene permanencia vital, ligada, desde luego, al influjo de sus pasos por varios países de América, desde Nueva York a Santo Domingo, Venezuela, Guatemala, México...

Los escritores de Cuba que merecen el nombre de "martiolátras" (casi todos han ingresado, aún cuando sea en líneas desiguales a la Orden de José Martí), revelaron nuevos ensayos sobre las múltiples facetas de ese constructor del espíritu de Nuestra América, especialmente los gestores del Congreso: Emeterio Santovenia, figura de gran relieve en las letras antillanas, analista profundo del acontecer nacional; Félix Lizaso, el sutil divulgador de la letra martiana; Francisco Ichaso, ensayista de la más humana levadura. En la memoria de los escritores de América ascendió el recuerdo del libro biográfico de Jorge Mañach que es uno de los que más se han leído en el Continente y en cuyos capítulos se animan las acciones y los pensamientos de Martí, en ese su estilo universal, pulido por los vientos caribes.

Para la mayor parte de concurrentes al Congreso, algo de lo más interesante residió en el encuentro, en la Capital de Cuba, de amigos de antes: vistos aquellos; otros conocidos en sus libros y en sus cartas. Anfictionia del espíritu que pudo acogerse al "ala de Martí" y en la cual se restablecieron o continuaron antiguos diálogos y se puso en la mesa de la plática cotidiana la preocupación por el conocimiento de nuestras letras o por el saber de lo que hacen escritores que han sido señalados en el mapa americano por el paisaje de sus relatos, por el ambiente de su lírica o por la carne de sus ensayos.

Así el argentino Enrique Anderson Imbert habla de su libro sobre la prosa de Montalvo, casi al propio tiempo en que Isaac J. Barrera, en su columna de "El Comercio" escribe la referencia a propósito de un volumen casi desconocido en nuestro

medio. Para Anderson, la prosa del ecuatoriano tiene influencia en la moderna estilística, aun cuando para otros aparezca con matices arcaicos o sea la de un siglo de oro no muy distante desde luego.

Julio Cailliet Bois, notable crítico de Buenos Aires, quien prepara para la Editorial Aguilar de Madrid una voluminosa Antología de la Poesía Hispanoamericana, en propósito largo y en escabrosa empresa que no logra detenerle con sus dificultades, cree que en Martí se juntan el revolucionario de la acción pública y el innovador originalísimo de las letras.

El novelista argentino B. González Arrih quiere encontrar, en la multiplicidad de Martí, como su aspecto principal, el del ser humano. "El libro que yo le dediqué quiso referirse a eso, precisamente a eso, observa. No sé si logré mi propósito, reflejado en el subtítulo: "El hombre que salió en busca de la libertad".

También de la Argentina, Montes y Bradley, declara su fervor por el Martí que se puso en lucha por estos principios, "porque sin libertad el hombre está más cerca del pitecantropo que de dios", y el profesor Gaspar Mortillaro, parco y feroz, estima que es el propio Martí quien ha presidido este Congreso de Escritores que responde a la voz magnífica del espíritu libre de poetas y artistas de las letras de América.

El brasileño Silvio Julio guarda recuerdos ecuatorianos con la más sincera de las estimaciones. Estudió a Montalvo y es suya la opinión de que más se acerca a Quevedo que a Cervantes, no obstante su indiscutible quijotismo.

Con el dominicano Max Henríquez Ureña vamos por la ruta de los libros de América. Su conocimiento es extenso y su perspicacia crítica, que ya advirtiera Darío, a la vez abarcadora y profunda. Están en sus raíces, su ilustre hermano Pedro, y D. Federico Henríquez y Carvajal, fraterno amigo de Martí.

De la misma isla, Emilio Rodríguez Demorizi, ha llevado al Congreso sus apuntes sobre Martí y la patria de Darío. La de Rodríguez es una animada bibliografía que alcanza rara complejidad en su voluminoso libro "Martí en Santo Domingo".

El sapiente Federico de Onís vuelve sus ojos a Quito para recordar la maravilla de su barroco y su filigrana de La Compañía. Cree que el del 98 es un movimiento más estimulado por América y conformado más bien por escritores de nuestros países. Por tal, no vacilaría en señalar a Martí entre los de esta generación, al tiempo que declara que a través de las páginas del cubano es como pudo entender y amar a América.

Otro escritor español, Guillermo Díaz Plaja, el de la pequeña geografía de las Cartas de Navegar; de las notas sobre la poesía lírica española; de los ensayos como La Ventana de Papel, ha seguido tanto el ritmo del expediente universitario de Martí, estudiante en España, como el del poema en prosa, frecuente de hallarse en sus escritos.

Francis de Miomandre evoca nombres y libros ecuatorianos. El espíritu americanista del francés se pone de relieve en su conversación a la vez nerviosa y serena, con leve toque de ironía. Escribirá nuevas páginas sobre libros de este lado del mundo. En esta ocasión — que él llama la única — ha querido afirmar la profunda afinidad que existe entre el espíritu de Martí y el de Francia. Afinidad "sutil, uniforme y poderosa que se resume en una palabra: Liberalismo". Porque Martí, para Miomandre, ha sido la verdadera encarnación del liberalismo del Siglo XIX, el tipo del liberal "sin concesiones y sin matices", y Francia, la auténtica patria del liberalismo.

En Roger Caillois hay un crítico cuya reserva, no exenta de un humor sin excedencia, revela el apretado volumen de su juicio. Ha leído nuestras páginas evocadoras de Toledo y de Barés, y pensaría en una versión francesa, en los altos de su trabajo de la Unesco en París.

El poeta guatemalteco Alberto Velásquez, de forma perfecta y acendrado sentimiento, lee sus nuevos poemas, y mientras Rafael Heledoro Valle, marcha en inagotable vena de recuerdos literarios de todos los tiempos, la polígrafa de Puerto Rico, Concha Meléndez, a partir de su atención a los vuelos de Martí, ciertamente precursores en todas las modalidades de la literatura de América, piensa en los ensayos que nos dará sobre la poesía y la novela y la prosa nueva de este Continente, a la que ella tanto conoce en sus libros y en su espíritu.

José Vasconcelos, como en una serenidad de tarde, pasea apoyado en su ligero bastón y cuando le hablamos de su Indología y su Estética, sonríe con levedad, mientras ordena los papeles del estudio que sobre Martí ha llevado a La Habana y que tiene un título perenne, aun cuando aparezca negativo: Los escritores no somos de hoy.

José de J. Núñez y Domínguez, el poeta académico y diplomático mexicano, dando en la propia entraña del martianismo, persevera en el estudio de la poesía moder-

nista en la cual se alistó ha e varios años, para escribir esos delicados poemas que solía recitar César Arroyo, con su conocida fervorosa.

De los mexicanos, Mauricio Magdaleno ha escrito un libro ardido sobre el revolucionarismo de José Martí, sobre su concepción vigorosa de la humanidad, y el crítico Andrés Bello Induráin es uno de sus más ciertos antologías.

Los uruguayos forman en el Congreso una línea libre dentro de la continuidad armoniosa del tema martiano. La elevan con el sentido de aquellos platenses que piensan en el destino sin trabas del ser humano. El poeta Carlos Sabat Erceasty ha incorporado a Martí en sus Poemas del Hombre. Es una vasta sí-fonía para ese libertador de los valores poéticos y ese militante y poeta de la libertad. Magnífica la palabra de Angel María Cusano, Senador de la República. Nelson García Serrato, Ministro en Lisboa, está en fina y amplia capacidad para apreciar el cosmopolitismo de Martí, más importante aún si en él fué la ponderada y a la vez urgente medida de América. Atilio Giacosa siguió al cubano en su actuación consular como representante del Uruguay. Ofelia Machado buriló esta frase para hacerla escribir con flores de Martí, más importante aún si en él fué enteramente digno el ser humano.

Escritores nuevos o en antes no conocidos, se revelan: el guatemalteco Manuel Galich, ex-Ministro de Relaciones de su patria, de fuerte oratoria; Enrique Chaluleu Gálvez; David Vela, Marco Antonio Villamar, Orozco Posadas, que lleva el fervor martiano en el tema angélico de la edad de oro de los niños. Los periodistas de Costa Rica, Isberto Montenegro y Mario Flores. Los estadounidenses Roscoe Hill y J. Hill Miller, Rector de la Universidad de Florida. Isaacson, etc. El crítico haitiano Joubert Dougué; el hondureño Ernesto Alvarado García; los mexicanos Salvador Anzuela, Raúl Cordero Amador; el paraguayo Justo Pastor Benítez, quien hablara en Montevideo de la ciencia jurídica de América y ha encontrado, a través de este Congreso, las mejores incitaciones para tratar de su ciencia histórica como un constante devenir.

El venezolano Jesús A. Cova, biografista de Bolívar, apunta, en todo momento, sus notas fraternales para el Ecuador. Ha mirado, con la cabeza descubierta, el laurel de los bosques guayaquileños por donde anduvo Olmedo entre "opacos tamarindos", que reposa en el pedestal de mármol de José Martí. Para Cova, después del de Bolívar, el ideario del Libertador cubano es el que mayor influencia ha ejercido en la cultura de América.

Acaso para el peruano Ciro Alegría que mantiene su silencio y por lo general no gusta de mostrarse alegre, el mundo ya no sea tan ancho y tan ajeno como en su conocida novela. Para él, la novelística de Martí es lo menos valioso de toda su obra literaria. Carecía de método para ese género. Pero en varios otros no sólo dió la flor si no los eficaces frutos. Alegría, al final, cierra su lógica de crítico, al escribir: "No vale la pena considerar lo pequeño, cuando hay de por medio tanto grande en Martí". El novelista del sur apunta cosas interesantes de la Antilla, tal vez para un próximo relato que pudiera tener como escenario ese vivaz ambiente de contrastes y de afirmaciones, de paisaje cañizo y de palmeras reales que se recortan en un cielo de bruñida claridad.

Augusto ARIAS.

Quito, 1953.

(Especial para EL DIA).



Del Congreso de Escritores Martianos. En la Casa Continental de la Cultura, de La Habana. El escritor español Guillermo Díaz Plaja, la señora de Díaz Plaja; el dominicano Emilio Rodríguez Demorizi; Augusto Arias; Emeterio Santovenia.



Profesor de Clínica de Enfermedades Nerviosas, y Director del Instituto de Neurología.

SOLO quiero hablar hoy de las clases que dictaba el Maestro los jueves en el Instituto de Neurología.

Otros dirán del magisterio que hubo en todos los actos de su vida. Si en la Cátedra le hablaban al oído, para dictarles sus palabras, la Sabiduría y la Armonía, diosas griegas, en su vida afirmativa y fecunda, llevó como lucero de guía y compañeros de camino, la rectitud y la bondad. Y ha de insistirse en el aspecto ese de su vida en todas las épocas en que haya transgresión del valor humano: claudicaciones morales, simulaciones científicas, curvas y actitudes cartaginesas. Ricaldoni es el ejemplo vivo de que se puede llegar a la meta remando derecho, andando recto, a través de la vida y de sus obstáculos. Y no deberá olvidarse el magisterio éste de moral, alta e impoluta, que dictó el Maestro cotidianamente dentro y fuera del Hospital.

Se hablará también sin duda de la trágica y elocuente clase que dictó durante semanas inacabables de dolor desde su lecho, donde vencido y atenaceado por la gran Enemiga esperaba con majestuoso desdén que ella acabara de cebarse en su triunfo que prolongaba con crueldad. La Enemiga, cien veces vencida por el Maestro, había triunfado finalmente en la postrer revancha y complaciase sombriamente en prolongar las torturas de su victoria. Y Ricaldoni que enseñó toda su vida a vivir con dignidad, enseñaba a todos en el momento ese de su suplicio a morir con dignidad, "calladamente, silenciosamente, se ha dicho, pero también majestuosamente, como se pone

Américo Ricaldoni (1869-1922)

Escuchando una clase de Ricaldoni

el Sol". — Tal era la superioridad con que su espíritu asistía a la finalización de la materia. — No reunía como Troussseau a sus alumnos en torno de su lecho de muerte para disertarles sobre el significado trágico de su flema. Pero a los discípulos que llegaban a esa hora hasta él les daba algo más que una clase clínica: sin palabras, sin gestos, con aquellas manos descarnadas y frías, con sus pupilas apagadas que miraban con una tenue luz como desde el fondo de un abismo, ya sin fuerzas, agotado por el pecho que rugía como una fragua rota, iba hojeando los Anales del Instituto. Silenciosamente, sin una queja ni una protesta, melancólicamente, tal como un padre que va a partir para el viaje lejano pierde sus dedos cariñosamente entre los cabellos de sus hijos que le sobrevivirán.

Era su afán de ciencia tan grande e intenso que constituyó el "ultimus moriens" de su personalidad. A despecho de la muerte lenta en la materia y de los padecimientos inenarrables de la carne, seguía hojeando libros, tomando apuntes, escribiendo notas. Parecía como que se olvidaba que se moría, tal era su atención puesta en la lectura. Roto el avión celeste contra el suelo, la hélice firme seguía girando, seguía girando.

Siendo, pues, tan intensas su avidez y su irradiación de ciencia, ¿qué tiene de extraño que todos los jueves antes de la hora 11 estuviera ya repleto de profesores y estudiantes el salón de clases del Instituto de Neurología? — Próximo a esa hora se veía entrar al Maestro al Hospital, por la puerta de la calle Maciel. Por el corredor paralelo a la Sala Pedro Visca avanzaba, y lo hacía tan quedo y cautelosamente como buscando pasar inadvertido, cohibido por el renombre que a su pesar llevaba auestas. Llegaba así a la Sala y mientras vestía su túnica blanca siempre grande, y ponía en su cabeza aquel gorrito blanco que tenía la rara virtud de quedarle siempre mal, prolongaba en conversaciones amables el instante de comenzar la clase. Parecía como que en un último temor de no poder satisfacer la expectativa de aquel contingente numeroso de estudiantes que aguardaban su palabra, el Maestro retardaba voluntariamente el momento de entrar en la brega. Hasta que llevando en sus manos apuntes y notas que le servirían para la clase, avanzaba hasta el pupitre.

acompañado de los enfermos que mostrarían ese día.

Con ser grandes su sabiduría y su experiencia, nunca dejó librado el Maestro a los azares de una improvisación los motivos de sus disertaciones. La grave responsabilidad con que cumplía su magisterio le hubiera hecho ver como una falta imperdonable no preparar maduramente sus conferencias. Por respeto a su auditorio y a su Clínica no ocultaba la labor paciente de varios días que vertía en sus clases. Hubiérase sido fácil improvisar. Pero no hubiera podido después arrancar de su pecho la espina del pecado capital cometido. Cuando llevaba el enfermo a la conferencia, ya estaba en posesión de todos sus secretos clínicos. En las mañanas anteriores, durante horas enteras, había paseado por toda su piel el trocito sutil de algodón y los tubitos caliente y frío. Había golpeado sus tendones con el pequeño martillo aquel y dejado en sus tegumentos las rayas del alfiler de gancho. Ante los ojos de quienes acompañaban entonces al Maestro se desarrollaba una elocuente lección de Semiología. Y es que pacientemente, detalladamente, como un hornero hace su nido o un alfarero sus mayólicas, el Maestro estaba trabajando el barro de la obra que mostraría después totalmente concluida y sin una falla. — Era entonces grande su labor de análisis, lento, sin precipitaciones, reflejo por reflejo. Y no era menor la labor de síntesis que al mismo tiempo iba preparando y que se desarrollaría el jueves ante los ojos de los alumnos en aquel pizarrón giratorio donde Amargós estaba escribiendo desde hacía dos días. Y agregad a esto los carteles y gráficas que el dibujante estaba preparando.

Tomaba asiento frente a los alumnos entre pizarrones y gráficas. A su derecha el pupitre con la fina varita y las hojas clínicas. A su izquierda los enfermos Parkinsonianos, "estatuas de cera en marcha". Ciegos viviendo nocturnos inacabables. Atáxicos con sus tacones y sus bastones. Hemipléjicos, transportando, adherida a su mitad sana, la mitad muerta de su cuerpo. Danza con ritmo diabólico de los miembros córeicos. Mirar triste y suplicante de los epilépticos. Llantos copiosos de los viejitos temblorosos y fríos.

Todo un desfile de espectros mutilados

que se reunían en el remanso aquel de las tablas deshechas. El Maestro cruzaba la pierna, ponía sobre sus rodillas la vara de las demostraciones, corregía la posición de sus lentes y comenzaba su disertación.

En el comienzo de su lección las palabras se sucedían lentamente y en tono de voz tan bajo que los estudiantes que estaban próximos llevaban su mano al oído. El bellón de la oreja para recoger las palabras que el Profesor decía. Era tan completo el silencio que en su torno el respeto y la admiración provocaban, que resonaban irreverentemente los tacones en el corredor vecino y en el piso alto. El Maestro estaba haciendo la disección de los temas que presentaba el enfermo. Y fuertemente, sutilmente, con admirable habilidad y certera intuición clínica, se abría paso avanzaba a través de la compleja materia de las manifestaciones patológicas. "Pase de las neblanas" se le ha dicho, y lo era en ese momento más que en ninguno, cuando con exacta visión iba esquivando rompedores rumbo a un puerto seguro y claro. Entrado ya en el tema llevado por el caso del raciocinio — el Maestro se ponía en pie — a alta tensión ya su motor cerebral sus palabras justas, precisas, concertadas eran dichas con alto tono de voz. Podía ahora discutir a voz en cuello dos pasados en el corredor vecino. Nadie los oía. Todos estaban pendientes de lo que el Maestro iba diciendo y las palabras se sucedían: unas a otras con esa medida graciosa con esa eutimia con que el Maestro sabía concertar sus dos dioses predilectos: la ciencia y la armonía.

Siempre hemos creído que una de las más bellas y difíciles manifestaciones del arte antiguo y moderno son los espectáculos éstos en los que una figura que ocupa el eje y centro de un núcleo colectivo manifiesta en su torno por el solo influjo de su talento toda una variada rueda de emociones de alto valor. Un concertista extasiado con su Caveau o su Stradivarius en el centro de una sala rebosante de gustadores y arte entusiastas. Un aviador audaz esbaldado en lo más alto del azul del cielo con sus locas acrobacias, frases de un lenguaje celeste y heroico, mientras en las calles y en las azoteas las gentes contienen apenas los impulsos de su emoción. Un pequeño joyero de colores, extendido sobre el torso de un caballo triunfante y que como bolita roía girando en la ruleta, en el centro de emoción de miles de personas que gritan su nombre. Un erador elocuente y de alto vuelo, erigido virilmente en una tribuna, manejando en su torno como en un carrusel de emociones cambia-tesoro de pasión y el entusiasmo de una multitud. Un profesor sabio y esteta, junto a la cátedra de un enfermo — incógnita científica — frente a la pizarra virgen de solución, teniendo en los cinco dedos de su mano levantada, como con otras tantas cintas, nuevas la inquietud, el deseo, la emoción, el silencio y la admiración de una pradera circular de cabezas jóvenes, movidas por el mismo soplo de querer saber de que se trata saber. Y el sabio taumaturgo situado en el centro de esta rueda de emociones la hizo girar, girar, y cada vez más alto para que se vean horizontes más distantes clarificados más nítidos, auroras más clementes y prometedoras.

Tal reflexión tuvimos un día escuchando al Maestro Ricaldoni en sus clases clínicas. Y no era sólo la palabra lo que producía la emoción artística que de él emanaba. Sus gestos discretos y elocuentes, concertados y justos, tenían también su expresivo lenguaje. Cuando su mano pálida y delgada se alzaba con los dedos juntos como un ramillete, era que proedía a la síntesis con que culminaba su disertación. Cuando montaba en el índice rígido el oído de sus lentes y la mano dibujaba en el aire una sucesión de parábolas persiguiendo la incógnita esquivo de las palabras. O cuando con su diestra y lentamente retorció las guías de su bigote, de aquel bigote mosqueteril y desusado donde siempre hacía presa fácil el lápiz travieso de los caricaturistas.

Y cuando estaba en posesión de ese conjunto de síntesis comenzaba a razonar sobre las conclusiones que sobre ellos podían fundarse para indicar el diagnóstico posible. Hasta ese instante había sido una obra de análisis. A partir de ese punto iba a comenzar la síntesis hecha con aquellos elementos escrupulosamente seleccionados



En el hogar, acompañado de su señora esposa e hijos.

El Maestro en la Cátedra

en el Instituto de Neurología

era entonces cuando su raciocinio aparecía en su mayor potencia y su lógica era fuerte y convincente. Aparecía entonces el oficio entero de su bien cimentada disciplina científica. El método que es orden y claridad, era impecable. Nada de titubeos, dudas, pero tampoco nada de atrevidas especulaciones. Y tan lógico y firme y verdadero como el método y el razonamiento de su disciplina científica que ella era aplicable sólo al caso particular que entre sus manos tenía el Maestro sino a toda actividad científica. Y es así que un investigador de laboratorio, discípulo apreciado del Maestro, nos decía que sacaba fecundo provecho de todas sus clases, porque fuera cual fuera el caso clínico examinado era tan clara la lógica del Maestro, tan severo y tan templar su razonamiento que luego aplicadas las mismas disciplinas en el laboratorio constituían una brújula certera.

Y nunca palabras más ciertas que las de un investigador. Las lecciones clínicas del Maestro, y nada más que clínicas, eran tan sugestivas de sugerencias, gráficas de imágenes, fecundas de deducciones de todo orden que a estar oyéndolo cien especialistas diversos, a no dudarlo, cada uno al recibirse llevaría inscritas en sus tabillas de anotaciones una idea fecunda o una deducción de inestimables proyecciones. — Cierta vez el caso clínico en apariencia más común o a la forma patológica más típica y conocida, como ante la nebulosa inexplicable de una alteración clínica de un enfermo empleó el Maestro, como sembrando palabras hoy y para mañana, daba los conocimientos concretos inmediatamente útiles y aprovechables y junto a ellos además, dejaba hincada la espina avivante de una duda, mostraba, como descorriendo un velo sobre lo que faltaba conocer y ante los ojos de los estudiantes que le rodeaban descubría fecundos senderos que habían de llevarlos a lo alto de la montaña hasta entonces inaccesible. Y junto a lo que decían los libros y los sabios y que corroboraba su propia experiencia, esparcía ese otro elemento de la manera del incienso en un templo de fermento en un vino y que era como una sutil vibración de su cuerda más tenue íntima y personal. Y aquí como en las palabras del Evangelio "los que tenían ojos, veían, y los que tenían oídos, oían"...

Junto a la cama del enfermo y, no obstante las sugerencias que había en su palabra para todos los investigadores, el Maestro no se apartaba nunca ni por nada de la clínica más estricta y severa. Y era así el cariño a la vieja clínica, a la clínica de Trousseau, Dieulafoy y aprendida en la Visca, que el Maestro fugaba esa tendencia suicida para las facultades personales del médico, tan generalizada hoy día, que consiste en que el médico comienza con el examen de enfermo cuando ya tiene en su poder análisis de todos sus huesos, radiografías de todos sus dolores, análisis de todos sus tumores. Hacía notar con este procedimiento, que desechados los valiosos datos de la observación y de la reflexión personal, se produce irremediablemente la atrofia completa de las facultades que se ejercitan con la buena serología y que por la propia dignidad de la jerarquía médica, si no hubiera otras razones, convenía conservar y desarrollar. No le agradaba al Maestro permanecer un rato en el tono trascendente. Entonces una frase chispeante, una ocurrencia ingeniosa, un juego de palabras hecho por tesis o por asonancia, una anécdota pitoresca, llegaba a romper aquel tono trascendencia que le fatigaba y a dar paso a la atención de los estudiantes. Hacía ya una hora tenía en sus manos brillantes y traviesos los ojos a través del cristal de sus lentes. Al sonreír se notaba el rictus de la mitad izquierda de su rostro. Surgía entonces su chiste; ¡pájay! el Maestro no sabía hacer buenos chistes. Sus ocurrencias eran inocentes, pasables a veces por su ingenuidad, y sus chistes esterilizados asepticos de agua destilada o de suero fisiológico, daban la razón a Freud cuando sostiene en su obra "El yo y sus relaciones con lo subconsciente" que los hombres de talento que queman su energía cerebral en una actividad superior y apasionante no tienen talento para enhebrar acertadas ocurrencias. Pero lo cierto que todos reían, hasta el mismo enfermo, y después proseguía la disertación que entraba ya en el capítulo del tratamiento.

Se comprendía entonces que cuando el Maestro ocupó la cátedra de Clínica Médica no entró, como diría Vaz Ferreira, "en lugar" sino "además" del profesor de Terapéutica que antes había sido y continuaba siendo. Los preparados químicos, los productos farmacodinámicos, los nuevos arsenicales y mercuriales y los recursos quirúrgicos, subían y bajaban entre sus manos con tal elasticidad y tan fácilmente como los bolos y los cuchillos de colores entre las manos de un fino malabarista japonés.

Cuando el Maestro daba término a su clase miraba entonces sonriendo con honda bondad al enfermo, acariciaba sus mejillas con aquellas sus dos palmaditas suaves y la frase suya "esté tranquilo que usted se va a curar pronto", ponía en el rostro del enfermo una esperanza nueva que le aferraba a la vida como un garfio. Cuantas alegrías hemos visto florecer y cuantos globos de esperanzas se inflaron y ascendieron por el solo influjo de aquellas palabras finales que el enfermo oía de labios del tauraturgo que a su lado había dictado la clase: "Esta enfermita de la Sala Bienhechores se curará pronto". "Puede estar tranquilo este enfermo de la Sala Visca, pues pronto saldrá de aquí curado". Como lo dijo un día, el médico, aún frente a la más clara de las enfermedades orgánicas, puede ser psicoterapeuta por que en ese caso también se puede por simple influencia nerviosa provocar reacciones favorables o hacer más eficaces los remedios habituales. Y en el peor de los casos por lo menos, se logrará mantener viva la esperanza y mitigar pradosamente las últimas penas del enfermo.

Y era pasada la una de la tarde cuando por el corredor paralelo a la Sala Visca el Maestro se retiraba. Y tal como se le había visto al entrar, era su paso silencioso y leve, y tan disimulado que daba la impresión que a tener la alfombra mágica de las Mil y una noches se hubiera servido de ella para llegar de un salto desde la Sala a su casa y pasar así sin ser visto y sin ser admirado, huyendo de toda exhibición, como si fuera del demonio. Orgulloso podía mostrarse el sembrador de la futura cosecha que había de dar, a no dudarlo, esa buena simiente que acababa de esparcir, y satisfecho podía mostrarse el médico del dolor que había calmado y de los horizontes nuevos que había abierto a las esperanzas del enfermo. Pero el Maestro nunca estuvo ni orgulloso ni satisfecho. Puesto que como lo dijo un día "lo penoso para

mi está en que mi ignorancia no es absoluta y alcanzo a vislumbrar el infinito campo desierto de mis conocimientos; es indispensable ser modesto y reconocer nuestra humildad ante la magnitud de los que nos falta conocer. Pero no lo hagamos así para declararnos en derrota, sino para obstinarnos y perseverar. Humildad ha de ser siempre de buena fe y de ansias de ascender, pero no de descorazonamiento y de flaqueza".

Ya sabéis, pues, por qué razones este Profesor que dictaba las clases más magistrales de nuestra Universidad no podía mostrarse orgulloso ni satisfecho al bajar diariamente de su Cátedra. Es que nadie ejerció nunca para con sí mismo una crítica más severa y flagelante. Y, como lo decía sonriendo, el saber lo mucho que le faltaba conocer le impedía darse el aire de pedante satisfecho que encantado de haber hecho sonar alguna vez los cascabeles con que se ha vestido, se imagina ser dueño de maravillosas facultades. Como un rígido cartujo de la ciencia cada noche en el silencio de su celda, se flagelaba severamente con duros cilicios castigándose por el infinito campo desierto de sus conocimientos. Campo desierto... campo desierto. Maestro sabio y bueno, que para juzgarse alejaba su vista en los jardines floridos y de las florestas fragantes de su espíritu para acusarse solo de ese campo desierto donde nadie hubiera podido plantar una sola semilla ni acercar una gota de agua.

Y era pasada la una de la tarde cuando el Maestro salía del Hospital por la puerta de la calle Maciel.

El 5 de julio lo vimos por última vez, ya en el lecho donde estaba suplicado desde hacía dos meses. Era la última tarde que vivía. Y la enseñanza que entonces recogimos fué tan elocuente y valiosa como todas las que escuchamos en su Sala Visca. Sostenía en la mano izquierda descarnada un libro abierto y en la mano derecha tenía un lápiz tembloroso. No le obedecía la mano y el lápiz se dobla bajo el índice cuando quiere escribir. Pero es firme todavía su afán de ciencia. Es un atardecer frío. El sol que dió primero sobre la alfombra, subió a la cama y por último pasó sobre la biblioteca hasta irse ocultando lentamente detrás de los eucaliptus del Prado. En el jardín las sombras de los árboles se han ido alargando. El pito de las cinco hace abrir los portones de las fábricas y salen los obreros azules de labor. Un grupo alegre de colegiales blancos corre para el Prado. Y por la callejuela vecina no cesan de llegar autos y autos, silenciosos y lentos, como en el presentimiento doloroso de



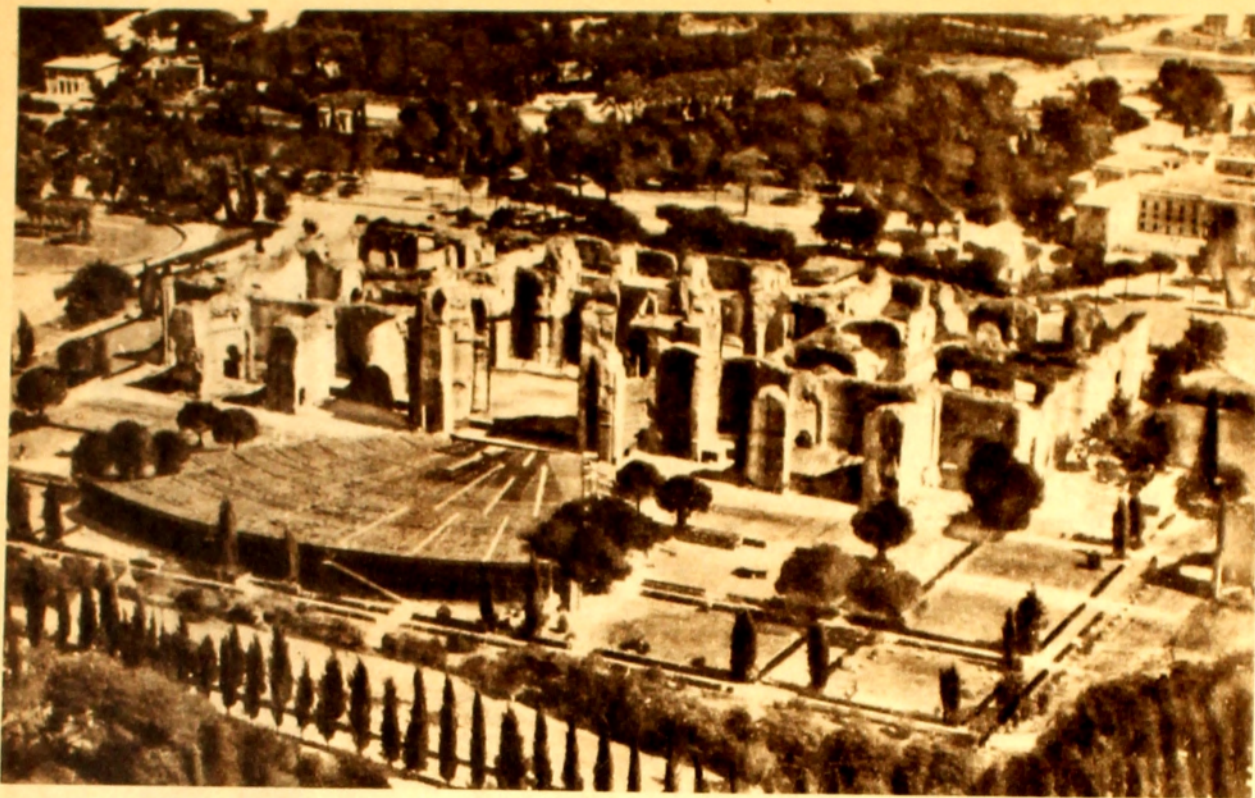
La sonrisa del maestro.

una gran desgracia. El enfermo tiene en ese instante un acceso terrible de tos. Los pulmones rugen como fuelles rotos. Queda después un rato quieto, sin movimiento. Los párpados han bajado. Se espera con terror que el pecho se dilate. Y después de un instante, comienza lentamente de nuevo su respiración penosa. Y entonces, sin protestas ni amarguras, el primer movimiento de sus brazos es para abrir de nuevo el libro y buscar el lápiz que se ha corrido sobre la cama. Y después otro acceso de tos. Y otro y otro. Y sus ojos, tan brillantes y firmes antes, con tanta vida y expresión, se apagan cada vez más y parecen dos pequeñas luzcitas débiles a merced del viento que concluyó por apagarlas.

Indio MAS DE AYALA.



El doctor Ricaldoni, en el Instituto de Neurología, acompañado de su personal docente y técnico.



Las Termas de Caracalla. Se utiliza en la época de verano para espectáculos líricos.

PRECISIONES SOBRE EL ARTE ROMANO

FUE en la misma antigüedad clásica que comenzó a fijarse la especie crítica, aún vigente y todavía afirmativa de que el arte romano era una continuación, pobre, imitativa, del antecedente griego. Conquistadora por la fuerza de una nación, entonces decadente, fué fácilmente conquistada por su cultura; la obra poderosa, que, desde su época de oro y la iniciación de su desintegración política, se mantenía en la Hélade, asombró, según esa especie, a los toscos campesinos del Lacio, ahora campeones de la más grande empresa imperial de la antigüedad; y, deslumbrados, sólo atinaron, según lo expuesto, a reflejar, en sus realizaciones, las conquistas del arte que venían de descubrir.

Nada, seguramente, más falso que esta afirmación, sostenida hasta en algunos seducidos tratados de historia del arte, cuando ya la investigación y el juicio crítico exigen una más atinada revisión de afirmaciones precipitadas. Sólo una visión apresurada y superficial de la obra artística romana y de sus antecedentes helenos puede llevar a concepto tan singular. Tan torpe

sería confundir las obtenciones plásticas del Neoclásico, con las del Renacimiento, después de los estudios de Burkhardt, aunque, de cualquier manera, resultaría más fácil.

Por soportar, sin mayor afinación estimativa, tan insolente sambenito, el arte romano pasó a considerarse como secundón, como arte de orden menor, sobre el que podría pasarse por alto, sin mayores exigencias de valor. Y esto fué vigorizado por ese romanticismo atropellado que admitía al griego como un ser superior, por confundir a Sócrates con el término medio de la población de Atenas; que ensalzaba sus instituciones y sus aportes en lo cultural tratando de ignorar lo que, en el entorno de la etapa clásica se había realizado, como si para justipreciar el inmenso caudal que desde el siglo VI A. C. venía dando el mundo griego, fuera necesaria una anulación injusta. Por otra parte, y para ese mismo tipo de romanticismo, que fué capaz del frenesí ante las ruinas por el hecho de serlas, los restos que de Grecia nos quedan, maltratados por el hombre y el tiempo, son más solemnes y permiten una mejor fuga

de la imaginación, que buena parte de esos sólidos romanos de argamasa y ladrillo, roídos por los siglos. Pero demos al César, lo que es del César — y la cita en este caso no cae mal — que el bien apreciar de su aporte no anula ni rebaja, por supuesto, lo que lo antecede en el tiempo.

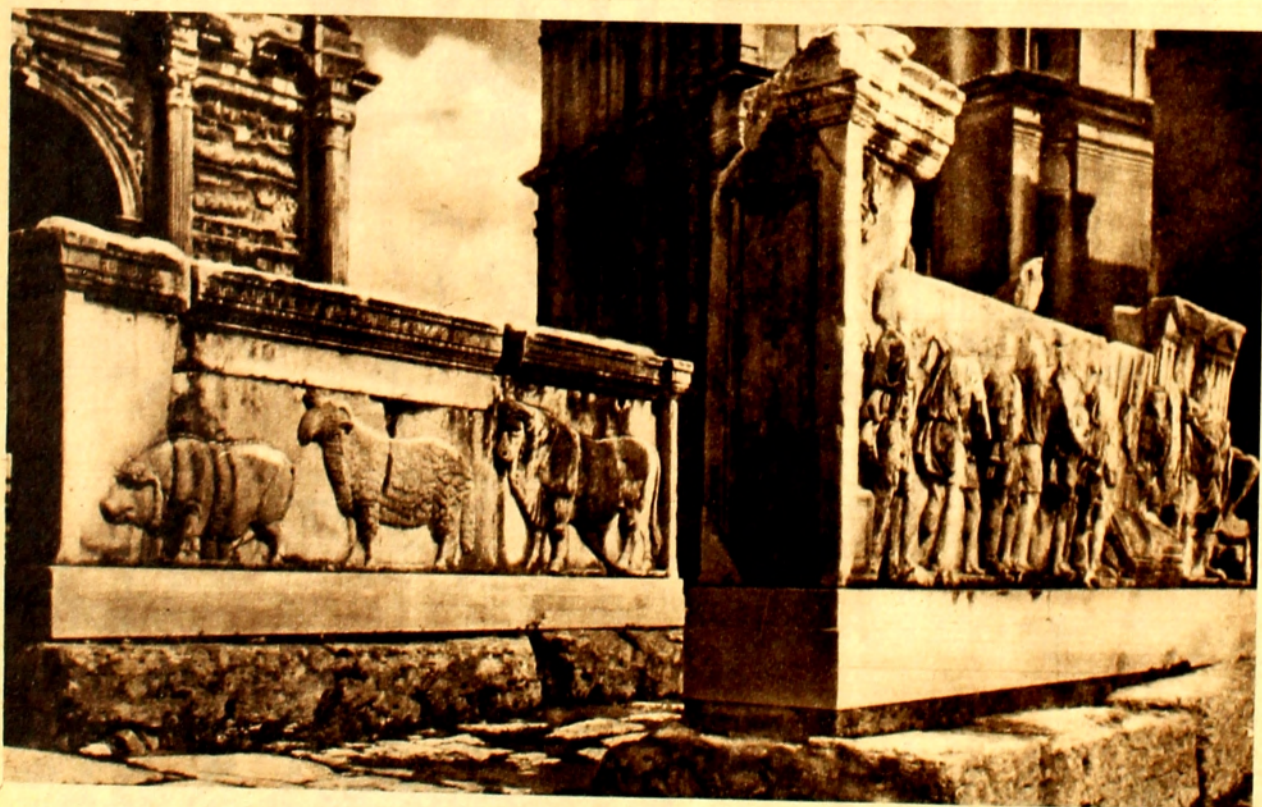
Pocas consideraciones de orden histórico nos pondrán en el justo término. Cuando Roma plantea y resuelve su expansión por el Oriente, llega a la península balcánica y después de un hábil proceso militar y político, la anexa a su mundo en construcción; entonces, precisamente, ya había pasado la justamente famosa etapa que va del siglo VI al IV A. C. y la nueva cultura helenística, con caracteres propios, con una intención definida y sin relación profunda con la etapa clásica anterior, estaba desarrollándose no sólo en las ciudades-estados de la antigua Hélade, sino también en Macedonia, en el África y en el Asia Anterior. El contacto directo con las obras de la antigüedad inmediata podía, además, requerir mayor interés, por el proceso arcaizante de la cultura. Pero esta nueva etapa cul-

tural no contiene los fundamentos de ese proceso que la antecede, sino otros. Por otra parte, sería ridículo situar a Grecia en la parte inferior de la península Balcánica, porque la Grecia clásica fué un mundo extendido en el Mediterráneo y había dejado sus huellas poderosas, en la misma Italia. Como recuento de un pasado, o de los aportes de ese pasado, cuyo prestigio no se desconoció nunca — y Roma supo tenerlo muy en cuenta — no tenía que ocurrir el desplazamiento.

Grecia estaba en la parte sur de la península italiana y en Sicilia; allí había dejado testimonios solemnes de su presencia. Y si esa etapa era un recuerdo portentoso, pero pasado, en Paestum o en Agrigento, también lo era en la misma Atenas, aunque allí la importancia de ese prestigio se desarrollara con mayor fuerza. Roma no nace de por sí sola; pero tampoco adquiere empuje, sólo por el deslumbramiento desarrollado durante las campañas del siglo III. Grecia estaba en ella; y, además, estaban los etruscos, que también se habían encontrado con la Hélade y que ya habían admitido apoyo para su definición estilística con la relación que un fervor vivo todavía, presente y sostenido, les había dado en su expansión al Sur. Por otra parte, el romano tenía una condición humana propia, distinta a toda otra que admita comparación y recordar su espíritu práctico y su sentido no es la menos importante para calibrarla, formalista. Adquieren tierras, poderío, riquezas y asumen el contralor imperial del mundo conocido; con ello tienen en su haber todo lo que el mundo pudiera darles en cuanto a resultados y experiencias. Pero no para rebajarse a la copia insulsa, sino para incorporarlo a su formidable vitalidad.

En el orden plástico, ingresan a un mundo dominado por la cultura helenística y en él se desarrollan. Pero esa cultura adquirirá la impronta del practicismo y del rigor romanos y pronto se admitirá la nueva etapa del estilo, que dejará de ser fusión poliforme de corrientes para adquirir un perfil único, concreto, amoldable a las condiciones distintas de los diferentes lugares del mundo en el que el mundo romano va definiéndose. No hay una subordinación a lo establecido estéticamente en el África o en el Asia, cuando la arquitectura romana de Baalbeck o de Timgad se presenta con un alcance orientalizado, no concorde con el desarrollo de la misma en el Lacio o en Tarragona. Pero un mundo es algo más que una ciudad o que un estado; y ese mundo, por si fuera poco, mantienen tradiciones encontradas y respetables. Y la arquitectura, por su parte, no es la solución de un definido propósito esteticista, ubicable en cualquier región. Ese grado de adaptación del genio romano, no contraviene su potencia creadora; en realidad, la afirma. Obsérvese que el gran capítulo del arte romano se da en la arquitectura. Y si atendemos a razones históricas y al espíritu práctico que sostiene la definición de su vigencia humana, era ese el resultado impositivo de la posible creación a su cargo.

Claro está que los preciosistas de la arquitectura, esos que destacan la importancia de un edificio por la pureza formal de sus constituyentes plásticos, esos que admiran la pátina del mármol y la perfección del corte de los mampuestos, antes que la razón organizadora de la fábrica estructural, detestan públicamente los restos de obra romana que muestran, destripados, la escasa "nobleza" de sus constituyentes constructivos. Pero los que llegan a sopesar el meollo, el fundamento auténtico de la arquitectura, esos se pasmarán ante el prodigio romano; no se detendrán ante la comprobación de las alteraciones al módulo del orden jónico — que como todos los módulos, careció de estrictez, ya, en la misma Hélade — no caerán en la torpeza de sostener que se trató de nuevos ricos, jugando con los dones preciosos de una exquisitez estilística a la que no podían alcanzar; por el contrario: verán el alcance inventivo en la plástica, el sentido utilitario en la función, la sapiencia constructiva y económica. La arquitectura tiene constituyentes extrarrestísticos que no pueden olvidarse; pesan con tanta fuerza como los otros en el conjunto de una realización. Sólo los esteticistas decadentes juzgan un edificio por su fachada. Pero es que durante varios años que nos anteceden, se trabajó así, en arquitectura; en ese lapso, que a pesar de todo, se sostiene, al arquitecto se lo calibró por adornos; era, al decir de Lescage, el que ponía el baño decorativo a la torta. Y así, entonces, se fué entendiendo la arquitectura.



Detalle de las ruinas imperiales del Foro, en Roma.

Los juicios erróneos del siglo XIX — y esto lo hemos sostenido muchas veces y no nos cansaremos de repetirlo — tienen mayor vigencia de la que conviene. Para el caso de Roma, ese calibrar de la edificación por la cáscara externa y ese peso del antecedente heleno, que fue costumbre admitir y caer bien para el sentir de la época, fué justificativo de menor valor.

Estos problemas no son problemas de especialistas y no basta que los libros serios lo traten. Por eso importa divulgarlos. El aporte que Grecia dió al mundo en lo que a arquitectura se refiere es mucho más grande de lo que los mismos panegiristas del siglo pasado quieren. Y eso, aun cuando no fué la arquitectura, su arte fundamental, sino la pintura. Pero, de cualquier manera, el entender moderno de la arquitectura, su evaluación desde los distintos puntos de vista social, económico, constructivo, práctico y estético, en conjunción, eso se inicia en Roma. Roma abre el gran capítulo de la arquitectura moderna. Y si hay algunos antecedentes valiosos en tal sentido, en el Oriente Cercano y en el Mar Egeo, por cierto que no se sigue una línea rectora y sostenida desde ellos hasta nuestros días; y es más fácil encontrarla desde el mundo romano, al mundo de hoy. Si no hubiera dado más que eso, hubiera dado bastante. Y bueno es que se tenga en cuenta para mirar con mejores ojos, su legado. No fueron, ciertamente, los que copiaron o copian todavía, sus apariencias exteriores, los que comprendieron ese aporte; sino los que llegando hasta la raíz profunda del hecho, actuando como ellos, llegaron a soluciones lógicamente distintas en su expresión.

El problema de la vivienda, en sus distintas acepciones, desde el palacio hasta la casa colectiva, fué planteado por el mundo helenístico. Y resuelto hasta sus máximas posibilidades, dentro de una línea segura de realizaciones, por los arquitectos romanos. La ciudad de Pompeya, pero mejor todavía, la de Herculano, — restos asombrosamente salvados de la antigüedad — lo atestiguan sobradamente. Pero ellas mismas, y con ellas, todos los vestigios de la portentosa construcción romana, extendidos desde Oriente a Occidente, de Norte a Sur, con el centro del Mare Nostrum, muestran acabadamente, el genio romano en la arquitectura. No es un programa perfeccionado; son los múltiples programas que sirven a un mundo complejo los que están resueltos. Y la arquitectura y la ingeniería mancomunadas, no distinguidas como disciplinas particulares, contribuyeron a sembrar ese mundo de fortalezas, de puentes, de caminos, de acueductos, de templos, de viviendas de todo tipo, de monumentos recordatorios y tumbas, de teatros y anfiteatros, de circos y termas. La diversidad de problemas atacados y estructurados en soluciones sobrias, son el testigo de una actitud social, sosteniendo la construcción. Practicidad eminente en los hechos. Ningún estadio moderno de fútbol, pongo por caso, ha superado la eficiencia que en la práctica tuvo, para el público (ni hablar de los servicios de espectáculo) el Coliseo de Roma, o cualquiera de los muchos anfiteatros que en España, las Galias o el resto de su mundo se sostienen todavía en pie. Y esto que es así en un caso, lo es para todos. El destino de la *domus* pompeyana extendió su vigencia mucho más lejos en el tiempo que lo que hubiera podido suponerse al resolver, dentro de una infinidad asombrosa de tipos particulares, la organización de la casa particular. No es menester exagerar la nota y admitir que los bares lácteos estaban resueltos en las *Tabernae* y las modernas casas colectivas en las *insulae*, porque sería pecar de apresuramiento por similitudes aparentes. Nuestro mundo construye o está en camino de construir su arquitectura dentro de los imperativos sociales de un mundo diferente; y es diferente, por tanto. Pero lo que ocurre es que ya, en Roma, la solución en gran escala de todos los problemas de una existencia determinada, con múltiples solicitaciones y problemas, fué planteada y resuelta con espíritu práctico. Y lo señalado, abona lo dicho.

Para eso, además, había que atacar, para dominarlo, el aspecto constructivo. Allí, los romanos llegaron al milagro inventivo. No sólo por la conjunción de distintas soluciones extáticas, sino por el uso ponderado, justo, de los materiales. En un mundo que trabajaba para resultados inmediatos, que quería vivir de aquello que iba aportando, poco caben los ex-votos prodigiosos de la perfección material, digna de la Atenas de los siglos V y IV A. C. Mejor está una edificación eficiente, económica de mano de

obra, firme en su estructura, de fácil solución resolutive, aparente en la expresión. Sólo los que siguen sosteniendo ciertos principios teóricos, ya revisados, que sostienen en aspectos menudos el principio de verdad en arquitectura, que consideran innoble al hormigón armado, entre otras cosas, podrán discutir, para negarlo, el revestimiento en arquitectura. Para determinados ambientes fastuosos o para ciertas expresiones de fachada, el romano, usó mármoles aplacados y estucos de color. Era, así, económico, rápido y eficaz. Sus ruinas son, hoy, detestables. Grandes fábricas de ladrillos, gruesos trozos de hormigón es lo que nos queda de algunas termas, o de algunas villas, portentosas de lujo en su tiempo. Pero los romanos no construían para que se admiraran, luego, ruinas. Nadie lo hizo. Tampoco los griegos, a quienes las ruinas le quedaron, sin embargo, eficientes. Pero esa no es culpa de ellos y no los desmerece, tampoco. En el aspecto puramente estético, los romanos no descubrieron aparentemente, nuevas soluciones plásticas. Tampoco lo habían hecho, en rigor de verdades, en el constructivo. Desarrollaron lo que el mundo anterior a ellos y el mundo en el que ellos se introducen tenía ya aportado. Lo desarrollaron hasta parecer, inédito, porque la empresa que acometieron fué fabulosa y no tenía, como intento y alcance, antecedentes. Pero tal actitud no es despreciable, ni mucho menos. Si el mundo, que ahora era su mundo, integrado en la empresa imperial había, durante milenios, experimentado en construcción y en soluciones plásticas ¿iban ellos a desconocerlas? ¿Qué prurito de novedad ridícula podía moverlos? El mismo Descartes, serenamente, hubiera hecho lo mismo. Eso está ahí, ya resuelto. ¿Hay que inventarlo de nuevo, hay que experimentar otra vez para llegar a esos resultados, o lo lógico, lo que rompe la razón, es partir de allí, adaptarlo lo que está allí y seguir, si es necesario y conveniente, para adelante? Pero ¿habían hecho otra cosa los mismos griegos?

Si las estatuas griegas son hermosas ¿que otra cosa sino apropiárselas, sino copiarlas y repetirlas para mejor consumo del hombre? Que los escultores y pintores griegos son los mejores ¿qué, sino importarlos y darles trabajo?

Que los órdenes superpuestos habían logrado efectividad expresiva en el Oriente helenístico ¿no era lo sensato, apropiarse de ellos para desarrollarlos al máximo? Por qué inventar nuevos capiteles, si les bastaba con acomodar los existentes para un uso, eso sí, metódico, correctísimo, de los mismos? Hacer otra cosa, eso hubiera sido snobismo y actitud de nuevos ricos. Bien conocer los medios de que se dispone es el primer paso ineludible para bien hacer. Y lo demás es vanidad insulsa.



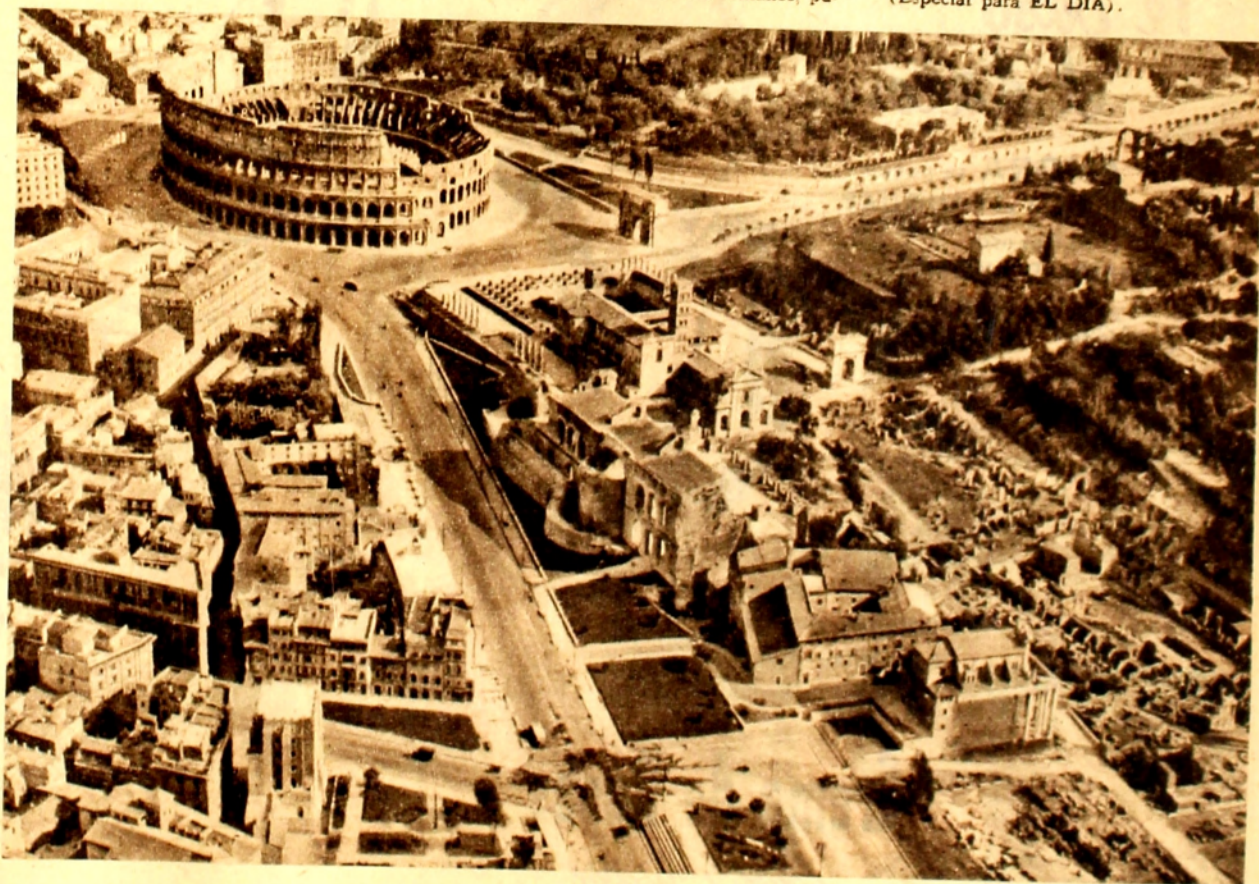
Vista general de los restos del Foro Romano.

¿Qué buscaron la aparatosidad? No la buscaron: la tenían propuesta en el Oriente contemporáneo. Y llegaron más lejos, si, porque también su estructura política llegó más lejos. Y las más de las veces no fué exageración expresiva, sino acentuación arquitectónica. La buena observación del desarrollo del templo, da los mejores aportes en ese sentido. De un punto de partida que era la solución grecoetrusca llegan a sus múltiples soluciones templatarias en las que, la relación firme de espacios exteriores e interiores y la acentuación de fachadas en principal y secundarias, muestra un entender urbanístico de eficaz desarrollo y que resuelve una nueva impronta definitiva en la solución de la ciudad. Y en cuanto, por otra parte, se observa con espíritu analítico, la solución de las grandes superficies de los exteriores de teatros y anfiteatros, organizadas con órdenes superpuestos y predispuestas a una solución unitaria, se comprende hasta dónde la capacidad resolutive en lo plástico de los romanos, pu-

do llegar en concreciones de novedad sin aparato forzado. No se trata, en puridad de asunto, de sumar soluciones anteriores; se ha resuelto un complejo total de formas, en lo que sin exageraciones afirmativas de valor, puede llamarse el *orden romano*.

Lo expuesto no es sino el planteo, para una mejor divulgación de los hechos, del aporte romano en la arquitectura. Por su parte, la retratística y el símbolo escultórico, han recibido, hasta ahora, mejor tratamiento de los estudiosos y de los simples interesados en los problemas plásticos porque, aun cuando son, ellos también desarrollo de corrientes vigentes en su tiempo, la potencia estructural y expresiva de los resultados, evidencian la novedad y la importancia, para un proceso general del arte representativo, del legado que Roma hace al mundo y con el que integra un gran capítulo de su historia.

Fernando GARCÍA ESTEBAN.
(Especial para EL DIA).



El Coliseo y los restos del Foro y el Palatino, en Roma.



Cena de camaradería de los Tenientes de Navío pertenecientes a la promoción del año 1943.



Se inauguró la exposición "Goya y el Grabado Español" en la sede de la Comisión de Bellas Artes, organizada por el "Círculo Cultural Femenino Hispano-Uruguayo".



La Asociación de ex-alumnos de la Escuela "Franklin D. Roosevelt", para niños listados, conmemorando su IV aniversario realizó un acto cultural.

INFORMACION LOCAL



La famosa bailarina Doré Hoyer, que actuó en el escenario del Solís. Apuntes del natural, por Vernozza.

Te paso
el dato...

AHORA se puede
adquirir en el URUGUAY

la famosa
CREMA DE ROSAS

Louis Philippe

COLD CREAM

La fórmula exclusiva de esta crema contiene una mezcla de las esencias y las aromas de las rosas de Francia. Para conservar la lozanía de su cutis, su piel, sus manos, adquiera hoy mismo un pote de

CREMA DE ROSAS en cualquier farmacia o perfumería del país.



Crema de Rosas

Louis Philippe

COLD CREAM



En la Escuela Sarmiento se efectuó un acto de homenaje a cinco educacionistas que han decidido su jubilación.



Delegaciones masculinas y femeninas de San José y Libertad concurrentes a la fiesta de inauguración de la nueva plaza de deportes en Pueblo Libertad.



Los niños de la Escuela Nº 150 de 2º grado cultivan dos hectáreas y media en huerta colectiva, para proveerse en el comedor escolar.

Grabados de Celia Giacosa y Arquímedes R. Peluffo expuestos en el Salón del Liceo Nº 10.



Parte del conjunto vocación del "Teatro Álvarez Quintero", que actuó en Salta bajo la dirección de Miguel Oneto Jaume.



Tome "SAL DE FRUTA"
ENO
SALUDABLE Y DE ACCIÓN SUAVE



Quinto cuadro. Calle delante de la casa de Tom y llegada de Baba la Turca en su silla de manos.



Xavier Depraz y Leopold Simoneau, en "El Libertino".

Noticias que nos llegan directamente por avión nos informan del inmenso éxito obtenido por la nueva obra de Stravinsky en "La Opera Cómica". Hacía muchos años que "La Opera Cómica" no había ofrecido un espectáculo al cual se pudiera aplaudir sin reservas; ello acaba de acontecer con "El Libertino", (y con mucha más razón que en "Las Indias Galantes"...). El estreno de una obra de Stravinsky tenía necesariamente que suscitar tal efervescencia y provocar una afluencia a tal punto extraordinaria, que el público de la platea, que durante el entreacto abandonó su sitio pensó que no podría volver a él franqueando la masa compacta que atestaba pasillos y corredores...

"EL LIBERTINO" ULTIMA CREACION de STRAVINSKY

Ese público manifestó sin recato su entusiasmo ante las bellezas de "The Rake's Progress", que en la magnífica versión francesa del poeta franco-uruguayo André de Badet se convierte en "Le Libertin". Naturalmente la crítica está muy dividida y la obra muy discutida, como conviene cuando de Stravinsky se trata... Pero el público (¡y qué público!) escucha atentamente, aplaude a rabiar y hace la más eficaz publicidad a la obra diciendo a cada uno: Vaya usted a Le Libertin, es notable... etc., etc.

Nuestro compatriota, el poeta André de Badet nos relata como ha traducido el libreto de "The Rake's Progress":

LA célebre serie de las ocho composiciones satíricas del famoso pintor inglés Williams Hogarth, publicada en 1735, llevaba como título: "The Rake's Progress", que en francés se traduce por "La Vie du Libertin" o por "La Carrière du Debauché".

Cuando me fué dada la alegría de traducir la nueva obra de Stravinsky, se planteó para mí el problema del título. Fausto, Carmen, Manón, son títulos cortos que se retienen con facilidad y que permiten la impresión en caracteres grandes sobre un cartel, que de lejos llaman la atención. "La Vida del Libertino", "La Carrera del Licencioso" no me satisfacían enteramente. Y fué así que un día en que hablaba con mi amigo Maurice Escande cuyos consejos son siempre tan juiciosos, me respondió: "Nosotros por cierto, tenemos 'El Avaro', 'El Misántropo', 'El Indiscreto', ¿por qué no, 'El Libertino?'"

Este Libertino así bautizado, me parece que en cierto modo, es el Fausto de Igor Stravinsky.

En el Fausto de Goethe y en las diferentes obras inspiradas en él, se ve al viejo doctor Fausto prometer su alma en cambio de la juventud y de los placeres que la acompañan.

Pero en El Libertino, el diablo, bajo las rasgos de un fiel servidor Hick Shadow (Nick, la Sombra, personificada por Xavier Depraz) procura todos los placeres al joven Tom (Leopoldo Simoneau) a cambio de prendas (sin precisar cuáles) que él exigirá al término de un año y un día.

Y naturalmente, esas prendas serán el alma de Tom "que reclaman aullando las legiones hambrientas del infierno", según el magnífico libreto de W. H. Auden y Chester Kallmann. Margarita es sustituida por la pura figura de Ana (Janine Michau) que encarna el deber, la fidelidad y el amor ideal; y el Diablo introduce en la aventura una mujer. Baba la Turca, tan voluble como extravagante.

Cuando a una distribución de rara homogeneidad, yo haya agregado que la puesta en escena del Libertino deberá todo a la originalidad y a la fineza sensible y profunda de Luis Musy, que Simon Féjard fué el alma de los estudios musicales, que nuestro gran Cluytens dirigirá la orquesta y que las bellas maquettes de las decoraciones y de los trajes son de Georges Wakhévitch, habré dicho con qué atento cuidado, arte juicioso y hasta prodigalidad Maurice Lehmann y Luis Beydts han querido rodear en París la verdadera obra maestra que es El Libertino de Igor Stravinsky.

Quizás, como suele ocurrir con cada obra nueva de Stravinsky, el público desconcertado, se divida en dos bandos. Recordemos que a los mismos a quienes gustó el Pájaro de Fuego, nos gustó "Le Sacre du Printemps" que a estos últimos no les gustó Mavra y que a los amantes de Les Noces no les agradó Oedipus Rex. Todo esto volvió a empezar en Venecia, a propósito del "Rake's Progress" y continuará hasta la época bastante lejana, en que la obra de Stravinsky aparecerá, desde lo alto, de una cohesión perfecta.

En "El Libertino" no hay ni "manera" ni "copia".

Stravinsky crea lo que quiere sobre los asuntos o las materias primas que a él place elegir, pero siempre crea puro Stravinsky.

André de BADET.

(Especial para EL DIA).



Bodas de Plata...

...y en la fecha tan grata al corazón, nuevos presentes vienen a hacer compañía a los regalos de hace 25 años: la preciosa platería, siempre tan atractiva, como entonces, gracias a Silvo.

Para proteger la delicada belleza de su vajilla de plata, nada hay tan fino como Silvo, el más bueno de los limpiadores. Silvo es suave y fácil de usar. Silvo es, de confianza.

Su plata
es preciosa...

Silvo
es seguro



Durante un ensayo de "El Libertino", de izquierda a derecha: André de Badet, autor de la versión francesa; Jorge Wakhentch, autor de los decorados y trajes, y Luis Musy, que puso la obra en escena.



Noveno cuadro. El manicomio.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

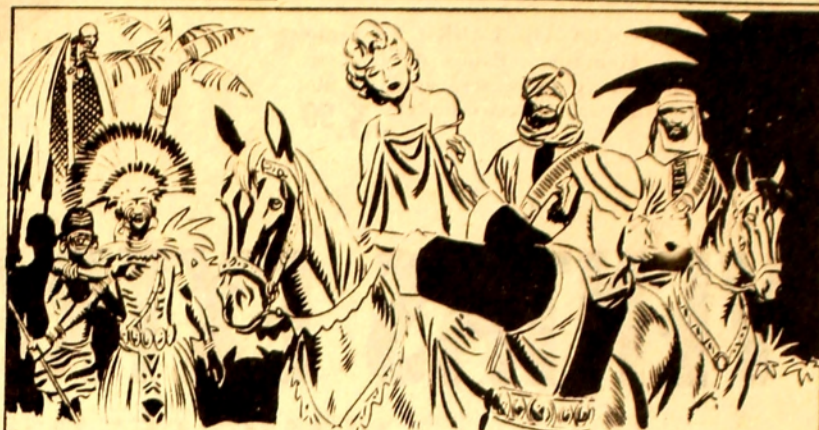
EL PERVERSO ABU Y SUS COMPAÑEROS ENGANARON A LOS CINEMATOGRAFISTAS Y DURANTE LA NOCHE RAPTARON A LA ACTRIZ IRENE WEBB.



LA LUCHA CONTRA SU RAPTOR FUE VANA.



LOS ÁRABES GALOPARON HASTA UNA DISTANTE ALDEA NATIVA DONDE ABU HIZO UN CONVENIO... "A UD. SE LE HA PAGADO BIEN, OGAR. TRATE DE MANTENER OCUPADOS A LOS HOMBRES BLANCOS."



"Y AHORA VAMOS AL NORTE... DONDE EL MERCADO DE ESCLAVAS ESPERA CON IMPACIENCIA LA PIEL BLANCA COMO LA LECHE Y LOS CABELLOS DORADOS."

... MAS TARDE, DE MAÑANA TEMPRANO, LOS HOMBRES FUERON DESPERTADOS POR LAJERGA DE LOS PORTADORES. "BWANA, BWANA, LA MUJER HA DESAPARECIDO."



CLARK SE PUSO DE PIE DE UN SALTO. "ESOS ÁRABES SANGUINARIOS NOS HAN TRAICIONADO. VAMOS, HANK, LEVANTESE."

PERO DE PRONTO, GRITOS SALVAJES LLAMARON SU ATENCION... TODOS LOS ROSTROS SE VOLVIERON SORPRENDIDOS, MIENTRAS OGAR Y SUS HOMBRES ATACABAN EL CLARO Y SE EMPENABAN CON LOS COMPONENTES DEL CAMPAMENTO, EN UNA ENCARNIZADA LUCHA. DE ESA MANERA MANTENIA OGAR "OCUPADOS" A LOS HOMBRES BLANCOS.



MEDIO DIA MUSICAL DE LOS DOMINGOS

Nuevas sendas a la



Música y la Canción

- LOS SWING STAR, reyes del ritmo. Cantando: Nelson Bryant - Héctor Rossi.
- JUAN CAO, orquesta de estilo distinto. Vocalistas: Violeta Gómez - Alberto Casanova.
- MARIC ARRIETA con las guitarras de Píon Martínez y Remersaro.

SECCION TEJIDOS

Seda para torro en todos los colores, el metro **\$ 1.00**

Fibras jaspadas, estampadas y escocesas, telas prácticas para la estación, ancho 0.90, el metro **\$ 1.90**

Franela casimir de lana y rayón inarrugable, en variedad de colores, ancho 0.90, el metro **\$ 2.90**

POR CUENTA DE FABRICA.- Gran saldo de Géneros y Paños de lana lisos, fantasías y escoceses, ancho 1.40, al extraordinario precio de el metro **\$ 3.50**



Nuestras ya clásicas

VENTAS EXTRAORDINARIAS DE JULIO

SECCION HOMBRES

Calcetines de lana gruesa, muy abrigados, colores lisos, el par **\$ 0.85**

Buzos de lana gruesa, cuello alto, muy abrigados, en colores beige, gris y azul, c/u **\$ 5.80**

Camisas manga larga en franela sanforizada, colores lisos y fantasías - Talles 44 al 48: \$ 8.20 - Talles 36 al 42, c/u **\$ 7.20**

Camperas en buen paño de lana fantasía - Talles 56 al 60 \$ 15.00. Talles 44 al 54, c/u **\$ 13.50**

SECCION FANTASIAS

Zoquetes de lana peinada con puño doblado o elástico, en todo color y talle, el par **\$ 0.95**

Guantes de lana con puño fantasía o cardado para señorita, gran variedad de modelos, el par **\$ 1.65**

Golillas plisadas en seda natural, una gran colección de modernos diseños, c/u **\$ 1.75**

Medias nylon, malla 51 y 54, en todos los colores de moda y todos los talles, el par **\$ 2.75**



BRINDAN UN NUEVO RUMBO ECONOMICO EN CADA HOGAR PRACTICO

SECCION SEÑORAS

Bonito modelo de pollera en tela "Glen" colores gris y negro, talles 44 al 54 de \$ 6.80 y \$ 7.20, c/u a **\$ 5.90**

EXTRAORDINARIA OFERTA.- Buzo en punto de pura lana, todos los colores de moda - Talles 46 al 52, c/u **\$ 5.90**

Campera haciendo juego, c/u **\$ 7.90**

Batón modelo abotonado o cruzado, bien confeccionado en buen kashá de lana, talles 46 al 54, c/u **\$ 12.80**

SECCION NIÑOS

Camiseta para niñas de 2 a 16 años, en malla de algodón y seda. Talle 2, c/u **\$ 1.60**

Aumenta \$ 0.20 por talle

Abrigada bufanda en paño de pura lana, colores de rigurosa moda, c/u **\$ 1.75**

Pantalón pelele en punto de lana frizado, colores blanco, rosa y cielo. Talle 1, c/u **\$ 3.80**

Aumenta \$ 0.20 por talle hasta el talle 3

Camperita para niñas de 2 a 16 años, en punto de pura lana, diversos colores de moda. Talle 2, c/u **\$ 4.85**

Aumenta \$ 0.45 por talle

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

Toallas afelpadas con flecos y bonitos colores lisos, tamaño práctico, c/u **\$ 0.85**

Fundas de madapolam inglés, gran calidad, para 2 plazas c/u \$ 2.40, para 1 plaza, c/u **\$ 1.40**

Sábanas de creta Belga, algodón retorcido, para 2 plazas, c/u \$ 7.50, para 1 plaza, c/u **\$ 6.00**

Frazadas de pura lana beige con guarda griega, para 2 plazas, c/u **\$ 22.00**

CLIENTES DEL INTERIOR:

Les exhortamos a aprovechar las ventajas de nuestras ventas extraordinarias de Julio, haciendo vuestros pedidos contra reembolso a nuestra Casa Matriz, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa



Escuche por
C X 16 RADIO CARVE

LUNES, MIERCOLES y VIERNES a las 12 y 30 hs.

a Dorotea Gurrumina, la Vendedora 25

AGRACIADA 2302 - GRAL. FLORES 2341 - 18 DE JULIO 1601